

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

85

LUIS CARDOZA Y ARAGON
GUATEMALA



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

LUIS CARDOZA Y ARAGON
GUATEMALA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

Luis Cardoza y Aragón (1904), poeta guatemalteco. A su pluma se debe uno de los más hermosos libros sobre ese pueblo al sur de México, Guatemala: *Guatemala las líneas de su mano* del cual este ensayo es un antecedente. El ensayo fue escrito cuando se ha iniciado la Revolución que abriría grandes horizontes a la sufrida región centroamericana. Luis Cardoza y Aragón volverá a leer en las líneas de la mano de su Guatemala años después, al ser frustrada y aplastada la revolución de su patria. Una vez más los intereses del imperio, los de la nueva Cartago, los de los saqueadores de la fruta, se impondrán a los sueños de esta parte de nuestra América. *La Revolución Guatemalteca* será la otra versión del poeta sobre la realidad de su patria. Una prolongación de la primera, en la que se explican también los problemas de su pueblo. Que son también los problemas de toda esa área de la América llamada latina.

En el ensayo que publicamos se analiza, no sólo la historia y cultura de Guatemala, sino también de la América de la que es parte. Guatemala es vista en el horizonte latinoamericano y universal. Un horizonte en el que alternan problemas y soluciones y en el que se va perfilando la anhelada identidad que se ha vuelto pasión de los latinoamericanos desde los días de Martí, Rodó y tantos otros.

GUATEMALA —LAS LÍNEAS DE SU MANO—

Luis Cardoza y Aragón

Los rasgos fundamentales de Latinoamérica son comunes: tradición española, mediterránea —lección eterna de Grecia y su desarrollo y dominio con las modificaciones impuestas por el medio y sus poblaciones aborígenes. Estas modificaciones son tan valiosas que pueden servir como base para una diferenciación que no rompe, sin embargo, la unidad de un destino. Y nacen así los caracteres nacionales privativos de nuestros países en su formación social, política y económica. Diversas culturas vernáculas encontraron las corrientes renacentistas que nos trajeron misioneros y conquistadores. Unas más adelantadas que otras, con expresiones singulares en escala universal, tales las de orden plástico, que podemos considerar tan hermosas como las más preciadas de las civilizaciones primitivas de cualquier gran pueblo. Estas culturas indígenas dieron color americano a las tradiciones latinas.

Hay tendencia, bastante manifiesta, a destacar una diferenciación profunda entre los pueblos del Nuevo Mundo. Nos referimos, naturalmente, a los de habla española. Claro que estos países difieren más todavía de aquellos que no tienen ese origen en su mestizaje. Sin embargo, un tanto ficticia se nos antoja tal diferenciación exagerada, que nunca podrá ser radical. La herencia de idioma, religión, así como de todo lo secundario que culturalmente posee significación sumado al caudal de la sangre, no puede ser menospreciado al indagar la dirección de la voluntad continental. Importa, mas no en la proporción en que actualmente es tendencia atribuirle, que alto porcentaje de la población americana no hable español y sea católica a su manera, en realidad pagana, y conserve intacta su sangre asiática y polinésica, acaso atlántida. El maestro Justo Sierra afirmó que los indios nunca han sido cristianos. En Guatemala ocurre lo mismo. ¡Cómo recuerdo mis emocionantes domingos en la preciosa iglesia de Chichicastenango! Las palabras del gran mexicano son exactas entre nosotros.

Pueblo indígena en sus dos terceras partes, es Guatemala, como México y Bolivia. México es un mosaico de po-

blaciones con lenguas y culturas primitivas diferenciadas en algunos de sus rasgos. Guatemala presenta, asimismo, semejanza en este aspecto. Y no obstante su vecindad, su historia entrecruzada, su penetración recíproca y la floración en parte de su suelo de una gran cultura común —la maya—, la psicología del indio, del mestizo o del criollo guatemalteco no es parecida a la del mexicano. Y hasta sorprende que pueda ser tan diversa. La diferencia es parecida a la que muestran entre sí muchos grupos de México. A pesar de tal diversidad, hay perfecta unidad en las aspiraciones: y surge el mestizaje. Mestizos son, sin duda alguna, la mayoría de los grupos dirigentes. Mestizos son los creadores principales, los que han asimilado una cultura actuante que permite y engendra la misma valoración de la vernácula, su aprovechamiento más allá de la imitación rutinaria de formas occidentales o puramente americanas.

La transformación de toda esa América que no es hispánica, que no tiene el idioma, ni la religión, no puede lograrse con modernización de la técnica simplemente: la técnica no es aspecto exterior de la cultura sino expresión de su estructura íntima. El indígena, acaso, es el exótico en América, continente del mestizaje. Se ha hablado de que el indígena es refractario al progreso, a la mecanización, a la técnica que llamamos moderna. Con frecuencia el problema se plantea mal. No obstante los siglos de miseria en que ha vivido, no podemos dudar de su inteligencia y capacidad. Algunos llegan hasta pretender que fueron conquistados y se han mantenido esclavizados por peculiaridades propias en ellos. En tal pensamiento creo advertir un matiz definido de orgullosa discriminación racial. Complejo de inferioridad muy extendido en nuestros países, que se advierte en lo colectivo y en lo individual, no sólo por falta de integración nacional o continental, sino también por el constante, calculado, minucioso insistir en la aristocracia del blanco y su poder superior.

Bien sabemos que somos aptos para asimilar cultura y darle nuestro espíritu. Pero no es la excepción la que nos interesa: Juárez, Darío... Indagamos lo general. Hace años, José Enrique Rodó, nutrido de espiritualismo, dio al Nuevo Mundo una doctrina llena de significación por su belleza y unidad surgida de las aspiraciones de Bolívar y de los frisos griegos. Difícilmente ha existido pensador o gran lírico americano que no haya meditado estos problemas y sentido aguda y perentoria necesidad de dilucidarlos. Y no sólo entre nosotros, latinoamericanos: también los sajones del Nuevo Mundo se han preocupado por ello.

Recordemos la esencia de la poética de Whitman: afirmación de América, de un Nuevo Mundo. Los españoles, como Juan Larrea y León Felipe, creen en América con fe tan profunda que nosotros, americanos, no siempre compartimos con igual optimismo. Consideramos menos sombrío el cuadro de Europa, y con menos luz y a paso mucho más lento, el otro indudable y presente de nuestros pueblos.

El hombre es el motivo central en nuestra síntesis incipiente de la cultura occidental en América y su realización completa y armoniosa dentro de un orden de valores intrínsecos en que una abstracción, la belleza, posee impar categoría. Y, asimismo, por lección occidental, cuando hemos deseado afirmarnos frente a la dominación espiritual de Europa, hemos recurrido al nacionalismo o al continentalismo.

Sin duda alguna, inmensa mayoría de nuestros compatriotas guatemaltecos no pueden llegar ni a ese nacionalismo, ni a un sentimiento acendrado de la noción de patria. ¿Cómo sentir el país como tal? Elementalmente pueden reaccionar, hasta por ciega rutina, ante los símbolos: la bandera, el escudo, el himno . . . Y la minoría de mestizos y criollos (nuestra grande y pequeña burguesía, pueblerina y atrasada), mientras ella, que es la dirigente, no sienta que la inmensa mayoría, los conglomerados indígenas forman la parte más importante de nuestro proceso histórico, tampoco podremos afirmar que existe en ellos noción de patria, aun con un sentido un tanto estrecho y romántico. Existe, no más, sentimiento de clase. En el mundo, dos grandes pueblos han logrado una integración nacional con sus diversas poblaciones: la URSS y el Brasil. Los Estados Unidos, en esta materia, se encuentran todavía en una etapa que podremos considerar bárbara: la discriminación racial, que no disminuyó ni con la guerra y el desprestigio de las ideas racistas hitlerianas, mantiene su imbécil, inhumana agresividad.

Bolívar escribió: "Nosotros que no somos europeos ni tampoco indios, sino una especie intermedia entre los aborígenes y los españoles. Americanos de nacimiento, europeos de derecho . . . así nuestro caso es el más extraordinario y el más complicado." Estas palabras del Libertador nos ofrecen en el contraste de europeo y americano el problema de entonces entre su espíritu y el medio y su derecho a la más alta cultura. Como que hay en ellas leve sombra de resentimiento y gran luz de sufrimiento. Y por extraordinario y complicado, nuestro caso no puede tener

solución inmediata pero nuestro ascenso es manifiesto. América es gran esperanza; frente a esa esperanza se alza mucho de lo negativo de las civilizaciones occidentales, no sólo en nosotros mismos, sino en el resto del mundo. Y, principalmente, en nuestro vecino en tantas cosas grande, poderoso y admirable: los Estados Unidos.

Mucho hemos escrito en América sobre los valores autóctonos y su validez intemporal. Debemos darnos cuenta clara de sus limitaciones y que muchos de ellos corresponden a la edad de la piedra pulimentada. Dejemos los sentimentalismos y afinemos el espíritu crítico. De la innegable afirmación americana, como la obtenida por México con sus artes plásticas contemporáneas, deduzcamos la verdad más exacta: nuestras tradiciones indígenas viven y se mantienen y cobran significación a la luz de una tradición extraña a ellas, la tradición mediterránea: tradición nuestra. No demos a las culturas primitivas una categoría que históricamente no puede reconocérseles. Por ello, esa afirmación de Alfonso Reyes concentra excelentemente mi punto de vista: "Quiero el latín para las izquierdas, porque no veo las ventajas de dejar caer conquistas ya alcanzadas. Y quiero las Humanidades como vehículo natural con todo lo autóctono."

El descastamiento no proviene de penetrar en la tradición mediterránea sino, precisamente, de no penetrar en ella. Sólo a través de esa tradición —la única verdadera que posee la humanidad— podemos dar a nuestro espíritu todas sus posibilidades y, en primer término, las más originales y privativas. Mucho de un pretendido arte americano es sólo un academismo de las admirables obras primitivas. Por el contrario, la grande pintura mexicana actual es comprobación de lo anterior: aprovechamiento fecundo de la tradición mediterránea para expresar, con tono y color propios, el sueño de México. No hay más tradición que la humanística, es decir, la de la antigüedad clásica y las modificaciones que por sus propias enseñanzas va adquiriendo en diversas etapas de la historia, desde el paganismo primitivo hasta la edad contemporánea. El sentido que al mundo de Apolo podemos darle, lo conseguimos bajo el signo de Coatlicue; como el sentido que al mundo de Coatlicue podemos darle, lo conseguimos bajo el signo de Apolo. Tal es América: continente del mestizaje.

Y la tradición humanística nos ofrece una visión del hombre sin mutilaciones, dentro de la más amplia comprensión hacedera. Al comprender los problemas de la creación

artística con tal sentido general, se desatiende muchas veces lo que podríamos llamar accesorio, accidental, transitorio y decorativo. Esta diferenciación entre lo esencial y lo adjetivo define mucho de lo que en el terreno de la creación artística posee un valor o una intención preciosa. Nos repugna un idioma lleno de localismos inocuos (que los hay también inmejorables) que invalidan el pensamiento, en gran parte, por ejemplo, de esa novela criolla que ofrece su sabor de especia a los grandes públicos. Porque no hay alusión directa a nuestras cosas, suélese llamar europeizantes o descastadas a muchas de las creaciones trascendentes.

Los mejores espíritus americanos han escrito para un público continental o universal, y por ello son representativos, no en relación a “tiraje” desde luego, o en vista de popularidad. Es muchas veces imposible especular o crear sobre ejemplos precisos de nuestros pequeños países: su pobreza o su carencia en algunas ramas no permite posibilidades. La situación de grandes artistas en medios pequeños es realmente trágica: la necesidad de creación se realiza aún más acendrada: la destilación se hace —perdón por el juego del vocablo— al vacío. Y surge la evasión en lo temporal, en lo geográfico, en forma manifiesta: la desolación aumenta el destierro de todo artista en cualquier medio y en cualquier época, *“Somewhere out of the world”*.

Nos es imposible apasionarnos por “jicarismos”, apasionarnos, como los “nacionalistas” estrechos se apasionan, por las artes populares en que los indígenas sólo son repetidores de modelos invariables. Son obreros, pero no son creadores. Estamos podridos de literatura en muchos de estos problemas. Quisiera que nuestros indígenas se *“descastaran”* y supieran hacer sarapes, pero también motores de explosión. La transformación dignificadora podrá lograrse con un cambio social que suprima la horripilante discriminación económica a que se encuentra sometida la inmensa mayoría de Latinoamérica, que permita y apoye uan educación que corrija las mutilaciones actuales y dé integración cabal al individuo.

No sólo no podemos escribir, componer música, pintar, esculpir, dramatizar esta superficialidad folklórica, que no es cultura sino una apariencia de ella, sino que habremos de clarificarla hasta comprender que tales formas intrascendentes estorban la verdadera evolución. Los repetidores de dichas formas elementales son simples retóricos que se limitan a “tener oficio”, al arte culinario de las diversas presencias que suele alcanzar una expresión. La obra de creación no existe con tales limitaciones e intenciones. La

lección clásica nos impide la repetición. La tradición no se aprovecha caminando hacia atrás o permaneciendo en el mismo sitio. Su lección es lo contrario a tan necia sumisión y nos da, además, exacta noción de un rumbo. Y por ello, es tradición clásica: por la vigencia de su espíritu.

El indígena repite casi como en la época en que llegó la tradición mediterránea: estado de civilización que corresponde al de la piedra pulimentada. El "pompier" insiste igualmente en una forma mecanizada, sin valor alguno como creación, aunque su movilidad temática algunas veces disponga de menor estrechez. Pero el caso es mucho más lamentable aún en el "pompier" por su insignificancia y su pretensión. ¿Qué podía hacer Darío en su dulce Nicaragua natal? Las excepciones son expulsadas naturalmente. No hay remedio. Rubén era un ruseñor entre pingüinos. Hablaba un idioma que nadie comprendía. Se fue de su patria. ¡Y de todas partes!

El medio pequeño para los creadores verdaderos es hostil, no porque en ellos no exista la fortaleza y el fervor requeridos. La tortuga llega al extremo y su ansia metafísica, su sentimiento de expulsados de un paraíso, su conciencia de vivir en exilio (aun entre aquellos que puedan comprenderlos) en nuestros países llega a constituir un martirio, más doloroso si se le crucifica con zafios aplausos. Se vive desollado, herido hasta por el aire, en medio de sordera negra veteada de amarillos de envidia y de rencor.

(Gran Rubén, eterno Rubén, no es en tus alusiones al nicaragüense sol de encendidos oros, el de tu niñez junto a tu madre, en donde hiciste obra mejor para tu tierra y para todos. Mil años necesitó esa tierra para forjar un hombre con tu voz. Pasarán muchos años para que en América surja otro corazón tan alto. Tu lección es perfecta y posee, como tal, enorme humanidad. Landívar, cantando los campos de México, cuando lo hizo bien, es nuestro y de todos. Y cuando no lo hizo bien, a nadie pertenece.)

Rubén dejó hogar, patria, habría dejado todo por cumplir su destino. Realizar su vida era más fuerte en él que su vida misma. Lealtad a su vocación. Murió joven, pero como que no necesitaba vivir más. Muchos de nuestros artistas han vivido largo tiempo en grandes centros; han viajado y estudiado, pero no han sido dueños de metal precioso para engendrar una obra que sólo han deseado vagamente. Con impulso legítimo, la obra se habría realizado y habrían mandado al diablo los estorbos. Sobre todo, la tranquilidad y los locales triunfos ridículos. ¡Cuántos, al no más volver, allí donde más obligación tuvieron de sos-

tener su pureza, tomaron el paso de su conveniencia el gusto del medio y respetaron estúpidas convenciones! Tornáronse en aves de corral. Seguramente, no eran otra cosa. Y nos encontramos con el escritor correcto que elude los problemas nacionales y escribe odas a la libertad, al 14 de julio y todo lo clasificado, y vuelve la espalda a lo vital y apremiante. O pinta retratos de parecido garantizado y cuadros sin faltas de ortografía. Y todo ello muy poco o nada tiene que ver con el arte, con la gloria pura de la creación, o con la función social que la ética del intelectual reclama.

Para la dispersión y la desintegración guatemaltecas no hay camino más perfecto y exacto hacia la unidad y el progreso que la revolución. Sólo una transformación que no sea política únicamente, que no se limite a cambio de personas, sino que sea transformación, definida y clara, de la estructura social, puede establecer las bases para que todos tengan las mismas posibilidades. Muy pocos sienten en futuro, perciben históricamente. La falta de ideas sociales, de orientaciones generales, es enorme entre nosotros, hasta el punto que parece exagerada la verdad misma. Y cuando se tienen son tan primarias que la lucha se vuelve sorda y oscura, lenta y callada, dura y subterránea. Se percibe la resistencia a cualquier avance por todas partes y en mil formas capitalizadas. Y eso que nuestra revolución es apenas un movimiento de elemental justicia. Técnicamente es un paso tímido de un estado feudal a una organización precapitalista. ¡Tal es nuestro atraso!

Con los dedos de las manos pueden contarse los que defienden ideología definida. Sistemáticamente, hasta los aspectos más claros de una justicia, de un orden más humanos, se les llama comunistas. Y esta calificación no proviene de los grupos analfabetos, proviene de los intolerantes, de los grupos fanáticos, de los "instruidos", como en todas partes. Comunismo, socialismo, democracia, mantienen su "desprestigio" cultivado por falangistas y fascistas de todos los tipos. Con el nombre de "liberal" se escudan los restos de lastimosas partidas (y no partidos) de saqueadores, del país, cuyos jefes han sido Estrada Cabrera, Orellana, Ubico, Ponce... Rastros de grupos tradicionales opositores a los liberales, se llaman "conservadores" y para las nuevas generaciones, por lo general, son igualmente despreciables. Desde luego, existen muy contadas excepciones que confirman la regla. Hay que liquidar ese pasado indudablemente. La marcha del mundo es otra y con el 20 de

octubre se han abierto las puertas a la civilización. Corrientes de ideas están penetrando en el país y echando raíces en el espíritu del pueblo. Sin embargo, años pasarán para que pueda abolirse la estructura feudal. El atraso, tan grande y doloroso, es fruto natural de lustros y lustros de tiranías. Ese mismo atraso impide, en naciones tan pequeñas como las nuestras, establecer aceleradamente un orden más justo. Se hace indispensable extremada cautela para liberar al proletariado: el propio proletariado, con sus centurias de ignorancia y fanatismo, sin darse cuenta, se ata a su terrible servidumbre.

No como opinión personal, sino como opinión compartida por otros asociados, uno de los miembros de la Asociación de Agricultores de Guatemala defendió, en plana editorial de nuestro diario de mayor circulación, la necesidad patriótica de mantener al pueblo en su actual analfabetismo.¹ Explicaba este señor que el país es agrícola y que con la instrucción se irían muchos brazos del campo y se sufriría espantoso colapso económico. La mentalidad es esa, en inmenso número de personas de las más diversas clases sociales. Entre profesionistas, terratenientes, pequeños propietarios, obreros, estudiantes, es frecuente desorientación o egoísmo semejante. Fácil es constatar que el aislamiento impuesto por los últimos tiranos guatemaltecos y la propaganda local que prohibió hasta el empleo de la palabra trabajador (¡era muy roja!: “empleado” habrá que decir), originó este inmenso atraso general. Ideas feudales, despiadadas de egoísmo, se han mantenido como ejemplares y cristianas. En muchos, por supuesto, es la reacción primaria del que se siente amenazado en sus dineros, base y razón de ser de la burguesía. El rebajamiento humano es tan considerable que hasta lo más obvio de una justicia social incipiente causa profundo trastorno. Y surge el “comunismo”, en el cual nadie ha pensado, como es natural, y se tiene de la doctrina la idea nacista correspondiente. Posiblemente, por su rudeza primaria y su abultado carácter, la más zoológica presencia de la burguesía se percibe en nuestros países con mayor nitidez que en los pueblos evolucionados. Para nosotros, a quienes se nos llama materialistas, sin comprender o querer comprender que pretendemos realizar lo vivo y generoso de la tradición humanística, mucho más claro es percatarse, como dice Sombart, de de que “lo que caracteriza el espíritu burgués de nuestros días es su indiferencia completa por el destino del hombre”.

¹ El periódico rebatió los puntos de vista de tal colaborador.

Ese rebajamiento es la esencia de la moral burguesa y de la organización capitalista que defienden las clásicas fuerzas reaccionarias del mundo. Sydney Hook vio muy claro y con gran exactitud cuando afirmó: “Marx no era un utilitarista. No condena el capitalismo porque haga a los hombres desdichados, sino porque los hace inhumanos, los priva de su dignidad esencial, degrada sus ideales atribuyéndoles un valor venal y causándoles sufrimientos sin sentido.”

Cuando se exponga sin comentario alguno, escuetamente, la verdad de las condiciones de trabajo y de vida del campesino, el obrero y el pequeño empleado guatemaltecos, comprenderemos que ha faltado actividad para atacar más a fondo situación semejante. Los organismos reaccionarios, falseando cínicamente las doctrinas cristianas, con el apoyo de la grande y pequeña burguesía, de las empresas extranjeras imperialistas, de parte del clero y de los lastres enriquecidos de los partidos liberales y conservadores, mantuvieron, y mantienen aún, un bloque tremendo, que muchas veces se apoyó en las armas, en donde no es tarea sencilla ir dando a comprender que lo que defienden no sólo no es católico, sino algo muchísimo peor: es sencillamente, inhumano. Estos grupos retrógrados —dentro de su ignorancia o con su sabiduría de clase—, sostienen firme unidad porque son muy claros sus intereses materiales. Carecen de toda aspiración espiritual. De su catolicismo, no hay ni qué hablar: es sólo una rutina, una apariencia, sin profundidad. Por otra parte, clásica es la posición del clero en su mayoría, y bien conocida mundialmente. No es por azar que entre los países cristianos, los católicos más fanáticos sean los más atrasados ¿Cómo podía ser de otra manera? Es decir, todo ese clero intolerante, con su intransigencia y fanatismo, con su dominio sobre la ignorancia que ha mantenido y cultivado, es, en realidad, enemigo de Cristo. ¡Hace sólo unos cuantos lustros se oponían aun a reconocer la circulación de la sangre!

Estos aspectos, que han sido tratados con detenimiento por especialistas, los recuerdo a grandes rasgos para referirlos a nuestra situación. Y esto que escribo, tan sencillo y elemental, es de un “rojo” tremendo en mi pobre país. Todo lo que tenga color de justicia, sabor de libertad, se le señala como “comunista”, y al comunismo se le da siempre, por ignorancia inverosímil, connotación monstruosa.

Nuestras clases intelectuales, por lo general, carecen de orientación social y política. Cuando son dirigentes en nuestras agrupaciones suelen ser muy hábiles en combinaciones

y cambalaches locales en relación a intereses burocráticos o adquisiciones de influencia. Conciben cambios de personas, pero no admiten, en su inmensa mayoría, el cambio social. Tales son los resultados de muchos años de aislamiento, de gobiernos salvajes. Generaciones y generaciones han crecido mutiladas; iluminadas a medias, con especializaciones someras, en total pragmatismo de profesiones. La universalidad que da la cultura humanística es algo ajeno a nuestra rudimentaria cultura. Por ello mismo, me parece extraordinario lo llevado a cabo por la generación de militares y estudiantes universitarios que derrocó a Ubico y a Ponce, con el apoyo del pueblo. Grande es la voluntad de servir de esa juventud. El tiempo dirá su temple y su constancia. Y contra viento y marea, y con todo ese lastre, bosquejado apenas, que al estudiarlo con detalle se vería que es agobiante, el país se organiza y transforma.

Rasgo muy importante, a mi modo de ver, es característico de la juventud que está realizando estos cambios: su participación en la vida política empieza ahora, aun en aquellos que se hallan en torno a los cuarenta años. Algunos habían desempeñado cargos técnicos y en ellos habían mantenido línea estricta de conducta. Otros vivieron en el extranjero: México, Costa Rica, Argentina... Es una minoría —no pasa de unos diez nombres—, la que ha participado en la vida pública anterior: pertenece a la generación que dirigió el derrocamiento del otro "liberal". Estrada Cabrera. Y si están con nosotros es, precisamente, porque la nación reclama su capacidad.

No se hace indispensable porfiar en lo que significa este cambio total en la dirección del país. Ha sido barrido todo un pasado. Y, firme y paulatinamente, se lleva a término una organización que habrá de caracterizarse por nueva estructura social. En realidad, la lucha sorda que durará varios lustros, es entre esclavistas y no esclavistas. Quienes conozcan un poco el pasado inmediato o lejano de Guatemala comprenderán mejor lo arduo de la empresa. La campaña que han querido desarrollar en el extranjero los expulsados por higiene pública (¿cuándo se había tratado así a los adversarios políticos?) no prosperará mientras respondamos de la mejor manera: con obra. Periodistas venales, en campos pagados, a base de engaños y patrañas, logran alguna publicidad que cae en el vacío. El mundo de pensamiento en México, en América toda, sabe perfectamente quiénes son los derrotados. La situación es diáfana. Nada más necesitamos que se conozca a fondo. Sabemos bien lo que tenemos que hacer y conocemos las fallas ac-

tuales, las imperfecciones, deficiencias y dificultades, tan naturales y tan lógicas, después del pasado indefendible que se está liquidando. No ha llegado el tiempo de la espiga. Pero ya salió el sol.

Así, a grandes rasgos, nos ha encontrado la postguerra. Y, escéptico y exigente, creo que tenemos una obra por realizar y que la posibilidad de cumplirla es verdadera. En América el empuje libertador se siente y ya ha obtenido victorias en muchos países. Uno que otro punto de infección, fétida y sangrienta, tambalea aún. El cambio ocurrido en Guatemala aún carece de ideología definida, aunque no puede ser más claro en su propósito: es una reacción de la dignidad, de la vergüenza, del espíritu de justicia, del ansia de libertad de un pueblo. Gobierno de transición será el presente, como corresponde después de un pasado tan oscuro y horrendo. El lastre es demasiado considerable como para permitir algo mayor. Pero en ello hay campo para obra sin precedentes. Y tenemos esperanza de que ésta se cumpla.

Bien sabido es que los pueblos nunca escogen su hora para las responsabilidades: éstas llegan y hay que afrontarlas, muchas veces, cuando menos se las esperan. América, en conjunto —y no digamos pueblos como el nuestro—, con la crisis mundial se encuentra frente a una responsabilidad que no puede eludir, y habrá de cumplir su destino aunque carezcamos de una síntesis propia de la cultura occidental. En Guatemala tratamos de acelerar la marcha, pero dándonos cuenta de que las etapas no pueden forzarse. El crecimiento posee su ritmo y por nuestras condiciones sociales y económicas, absurdo y antipatriótico sería pretender “quemar las etapas”. Por ello entiendo que el presente será un gobierno de transición. De fortalecimiento y encauzamiento. Un gobierno que eche las bases de lo que vendrá. Sin estas bases, bien establecidas, no podrán existir edificaciones posteriores. Ya en el editorial del primer número de la *Revista de Guatemala* señalé, muy sintéticamente, lo que encontramos y lo que en tan breve tiempo se ha logrado. Pero debemos comprender que todo está sobrepuesto, con raíces que empiezan a crecer. Sobre este tierno árbol de la libertad, verde llama contra el viento, se ha confabulado la fauna conocida. Después de años y años de gobiernos liberales y conservadores, padecemos un porcentaje de analfabetismo que sonroja confesarlo. Y una situación social tan atrasada —justa consecuencia—, que, positivamente, la

lucha es, como lo he afirmado, en una palabra: entre esclavistas y no esclavistas.

Tenemos que romper privilegios, desigualdades injustas, mejorar la condición económica individual de millones, y dar la tierra a quien la trabaje y el pan a quien lo gane. El imperialismo de monopolios capitalistas extranjeros se hace sentir poderosamente. nos domina y explota. Y no sólo no civiliza, sino que la civilización es enemiga de sus intereses. Aun conversando con antropólogos extranjeros, he recibido sorpresas increíbles. Uno de ellos me decía en Guatemala casi lo mismo que al agricultor feudal: enseñémosles a los indígenas, pero ¡no mucho! Saltaba, a pesar de su cultura universitaria, el pirata, el ario y toda la inmundicia que no ha terminado ni con la guerra mundial. La justicia es y debe ser de este mundo. Y también del otro. De todo mundo.

México se conmovió jubilosamente cuando la revolución guatemalteca lanzó hacia esta tierra, siempre generosa, hacia esta mi segunda patria, cargamentos de generales, policías y viejos "políticos" profesionales. Una que otra excepción acaso: algún obcecado, algún fanático que ve "comunismo" (sin saber lo que significa el comunismo) en nuestro sencillo, elementalísimo movimiento de vergüenza, de libertad y de justicia. México es culpable, naturalmente, con su "comunismo" de que tal ansia de libertad haya surgido, suelen decirnos estos hombres en los propios periódicos mexicanos. Así lo han repetido recordando que el general Ubico aisló el país para que no recibiera aliento alguno de la libertad y de la inquietud fecundas de este gran pueblo. No se dan cuenta que no sólo es México, sino todo el mundo, el que se ha conmovido hasta lo más recóndito y que la guerra mundial, es una revolución sin precedentes. A nosotros tenía que llegarnos un poco de luz ganada con tanto sacrificio. Los países coloniales, en Asia, luchan contra sus dominadores. En Europa, en América, los pueblos se mueven hacia la luz, como las plantas para buscar la vida. La situación de las naciones latinas, sobre todo, sigue oscura y lastimosa. Su lucha, sin embargo, está cambiando tal situación. Francia, Italia, Brasil. Hoy que escribo dos grandes manchas, que no podrán resistir largo tiempo, están a punto de estrellar: España y Argentina. Han caído no pocas dictaduras en América, como fruto natural del progreso.

Las fuerzas reaccionarias, tan estudiadas y clásicas ya, y sobre las cuales se hace necesario insistir, representadas en América, y en el mundo, por el clero, el militarismo y el

imperialismo capitalista (al cual se asocia siempre el explotador criollo ¡ése que reclama el analfabetismo como deber patriótico!) han sufrido en Guatemala modificación importante en lo que se refiere al aspecto militar. Hasta dónde es profundo el entendimiento de estos problemas en las nuevas clases, nos lo probarán ellas mismas con los hechos. Su participación en los acontecimientos últimos ha sido brillante. Su apoyo, leal, claro y decidido a nuestra Revolución, jamás lo han regateado. De ellos mismos surgirá, sin festinaciones, el reajuste hasta una lógica proporción: Guatemala se ha mantenido supermilitarizada. Los presupuestos consumen parte muy alta en mantener la maquinaria militar. Se ha barrido con los antiguos dominadores y jefes de esa máquina. Ahora el ejército, que debe ser el pueblo en armas, es el defensor de la revolución. Ya el insigne Sarmiento, sufriendo con el derroche estéril escribió certeramente de los ejércitos que “condenados forzosamente en América a la ociosidad, o trastornar el orden o en arrebatarse la escasa libertad”, significaban un gran peso muerto que impedía consagrar más atención a los indígenas, al proletariado en general, que permanece en las entrañas de América como “alimento no digerido”. Y luego se pregunta el gran patriota: “¿Cuánto se gasta anualmente en la educación pública que ha de disciplinar al personal de la nación para que produzca en orden, industria y riqueza lo que jamás pueden producir los ejércitos?”

Y bien, entre nosotros, esta transformación la llevará a cabo el ejército mismo. Será un reajuste paulatino, para no debilitar el sostén de las instituciones. Y en ello veremos cumplida otra de las etapas fundamentales de este período de transición. Se requiere, por otra parte, una readaptación de millares de miembros del ejército a la vida civil, para que no sólo no sufran económicamente, sino también para que no peligre la obra que se realiza. ¡Hay tanto que hacer que no se sabe bien ni por dónde empezar! Tal es nuestro caso. No es, desde luego, una posición absurda la de estos militares que tienen talento para comprender su misión histórica. Militares con conciencia civil y orientación ideológica. ¿Con quién vamos a pelear? Las victorias de los ejércitos de nuestros pequeños o grandes países, son siempre derrotas para América. (¿Cuándo tendremos más maestros que soldados? Costa Rica: lección y ejemplo). Es una posición patriótica que se cumplirá, por esfuerzo propio de los nuevos jefes y oficiales revolucionarios que saben lo que debe ser el ejército en un país de nuestras dimensiones y condiciones. Al reducirse persiguen también

acendramiento técnico. En síntesis, es un movimiento sistemático de dignificación de nuestro ejército.

Materia para muchos libros daría la historia de la participación del clero en América Latina, en Guatemala, por ejemplo, en todo el mundo. Su política actual, tan justamente censurada, tan increíble por anticristiana, por anti-humana, es harto conocida. Se necesitaría ser ciego para no percibir que es totalmente extraña a la justicia y enemiga, por lo mismo, de la doctrina de Cristo. ¡Con qué dolor vimos aquellos noticiarios cinematográficos en que los obispos bendecían los cañones que iban a asesinar etíopes! ¡Y luego la participación de la iglesia en la guerra de España, de lado de Franco, traidor a nuestra civilización!

Debemos ir al pueblo y cumplir los principios cristianos, con la tradición cristiana de nuestro pueblo que nunca se ha cumplido: darle de comer al hambriento y enseñar al que no sabe. José Vasconcelos, filósofo católico, escribía: "Madero no fue a buscar aliados para iniciar la lucha ni en la aristocracia, que es egoísta, ni el ejército, que es rutinario, sino en la misma plebe humilde de donde Cristo sacó sus doce apóstoles. Los apóstoles eran como doce rotos o pelados de Judea, y así, con los pobres y con los oprimidos, pero siempre con los honrados, se ha ido abriendo paso la libertad." En una de sus conferencias en la Universidad de Santiago de Chile, expresó: "Referí cómo las leyes de Juárez, quitando al clero sus enormes propiedades de manos muertas, habían puesto a los sacerdotes en condiciones de que ejercieran su ministerio conforme a la buena fe y a la pobreza cristiana: los dejamos pobres, como Jesús quería."

Y no hablemos del sentido de la caridad burguesa. Sólo devuelve algo, poquísimos, de lo que ha robado. La revolución hace justicia y liberta, o no es revolución. Bastaría leer a San Pablo, los Evangelios, San Agustín, para darnos cuenta de que tal caridad mancilla siempre la lección de Cristo. San Basilio afirmaba: "Los ricos consideran como suyos los bienes que son de todos, pero de los cuales han sido los primeros ocupantes; como aquellos que habiendo llegado los primeros a un espectáculo impidieron entrar a los que llegaron más tarde." Y también: "¿Por qué estás tú en la abundancia mientras tu hermano anda mendigando, sino para que recibas tú los méritos de tu buena administración, y él, la corona debida a su paciencia?" Centenares de pensamientos, netamente cristianos, podrían reclamarse en apoyo de estos claros conceptos hace años dilucidados. El sentido espiritual de la vida se ha perdido o

eclipsado. Samuel Ramos, a este propósito afirma: "Un nuevo tipo de hombre se yergue orgulloso y dominador, despreciando la antigua moralidad, ansioso de expansionar la vida de su cuerpo por medio de los atractivos que le ofrece la civilización. El disfrute del dinero como instrumento de poder y como medio para obtener el bienestar material y la vida confortable, los placeres sexuales, el deporte, los viajes, la locomoción y una multitud en diversiones excitantes constituyen la variada perspectiva en que se proyecta la existencia del hombre moderno. Su tipo representativo es el *hurgués*, cuya psicología Sombart ha trazado con una observación penetrante, reúne los rasgos de carácter polarizado hacia los valores materiales. Impulsada por su principio material, la civilización se desarrolla en un sentido divergente, al de la cultura, hasta crear una tensión dramática que hace sentir sus efectos dolorosos en la conciencia de muchos hombres modernos."

En América la antinomia de la vida práctica y la vida del espíritu desaparecerá cuando alcancemos una síntesis propia de la cultura occidental. Para satisfacer esa necesidad —que tan profundamente hemos sentido en nosotros y que oscuramente intuye parte del pueblo—, habrá de realizarse la transformación social que, al devolver su dignidad al hombre nuestro, le situará en mejores condiciones para cumplir con plenitud su vida. En esa amalgama universal, lenta y aun confusa, pero que parece ser el movimiento contemporáneo del espíritu, América tiene ya papel preponderante. De ese afán ha surgido en nosotros el impulso por pensar estas cosas, dilucidarlas y realizarlas. Obrar es inseparable del pensar, el pensamiento es acción, pero "las cosas —como deseó Sarmiento— hay que hacerlas: mal, pero hacerlas." Su genio ejecutor se lo exigía perentoriamente y recordaba aquellos versos clásicos que su maestro, el preclaro Horacio Mann, repetía con frecuencia. "Ni la tierra, ni la inteligencia, ni la mujer se preñan durmiendo." Acción y norma para esa acción, que empezó a grabarse en su espíritu con las palabras de Mann: "Yo he aprendido desde mi más temprana edad que todos los hombres han sido creados iguales y esto se ha vuelto en mí, más que una mera convicción del intelecto, un sentimiento del corazón; y esta máxima es mi principio de acción . . . que se levanta espontáneamente en mi conciencia siempre que tengo que especular con el deber humano "

En Guatemala, en este año primero de la revolución, se fundó la Facultad de Humanidades. Justamente, porque no

volvemos la espalda al pueblo y nos duele el problema del indio, precisamos marchar por el mejor camino, con unidad universalista, para darle vida a lo nuestro más nuestro. “Todos los grandes acontecimientos del mundo han de ser hoy más preparados por la inteligencia, y la grandeza de las naciones menos ha de estribar ya en las fuerzas materiales que en las intelectuales y productivas de que puedan disponer”, pensó Sarmiento. “Dar mayor poder a quien tiene más virtud”, clamaba Aristóteles. ¿Cómo prestar la menor atención al reclamo de que aún no requerimos los estudios humanísticos? Hasta los errores de nuestros políticos, en los casos bien intencionados, han tenido por base su enorme impreparación en todos los órdenes y su carencia absoluta de jerarquía de los valores. Por lustros, América Central (Guatemala puede recordar con orgullo a don Mariano Gálvez y momentos de uno o dos más) ha sido gobernada por militares o civiles imbéciles, sangrientos y nullos. Y, por desgracia, en la historia cuenta el factor individual la historia está hecha no sólo por el grande hombre sino también por el idiota despótico que ha gobernado.

Sobre el clericalismo, el militarismo y el imperialismo, la posición es invariable en los más egregios pensadores continentales. Para esas tres sombras que presentan en América latina tradición nefasta (¿podrá dejar de existir el imperialismo mientras exista una sociedad capitalista?) no tenemos camino mejor que la integración de una cultura: a través de ella y por ella se han logrado algunos de los pasos principales, desde la independencia política de España hasta la liquidación de resabios coloniales encerrados en la estancia filosofía escolástica, contra la cual se alzó el positivismo con su escuela laica y su liberalismo, que hoy ya consideramos como una etapa histórica vivida, para encaminarnos hacia nuevos sistemas de convivencia humana. Con el entendimiento de tal situación se habrá logrado salvar parte de los obstáculos en el camino para ser pueblos libres y prósperos, en donde cada individuo cumpla —como dijo el autor de *Motivos de Proteo*, recordando a Guyau—, la “profesión de ser hombre”. En los países donde los movimientos libertadores se han salvado se ha ido afianzando nueva conciencia entre los militares jóvenes mejor preparados. El cargo preciso, inteligente y agudo, hecho por Daniel Cosío Villegas a los Estados Unidos, respecto a la ligereza con que han dotado de armamento moderno la mayoría de los ejércitos de los países latinoamericanos, esperamos que no sea cierto en nuestras incipientes organizaciones democráticas: “La razón de hacerlos participar en

la defensa del hemisferio occidental ha podido ser válida en algún caso; pero me atrevo a pensar que, en la mayoría, no ha tenido otro propósito que el de cohechar a nuestros militares para ganarlos a la causa aliada, y, singularmente, a la de Estados Unidos. Aun cuando toda afirmación tajante puede resultar inexacta y aun injusta, creo que es válido afirmar que los ejércitos profesionales de nuestros países han sido y serán los peores enemigos de nuestra democracia, pues cuando la *última ratio* es el revólver, el militar, finalmente, es quien gobierna.”²

Nuestra Facultad de Humanidades, constituye una aportación para el enraizamiento de nuestra democracia. Puertas y ventanas se han abierto para que penetre el pensamiento de los pueblos más civilizados. Para fortalecer el espíritu de tolerancia, lo vigente de la tradición católica de nuestro pueblo, los valores intrínsecos de la vida humana, no poseemos medio más eficaz que la cultura. “El humanismo —afirma el nada marxista Samuel Ramos— aparece hoy como un ideal para combatir la infrahumanidad engendrada por el capitalismo y materialismo burgueses.”

Solamente radical renovación, *de orden espiritual en primer término*, podrá permitir la adquisición de una cultura general a nuestro pueblo, normas morales precisas, estímulos y posibilidades que otorguen el máximum de eficacia individual y colectiva. Muy grande es la responsabilidad de la juventud guatemalteca. América exige que la renovación siga adelante.

² *Revista de América* (marzo de 1945, núm. 3). publicación mensual de “El Tiempo”, Bogotá.

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.
Avenida 102 México 13, D. F. en septiembre de 1979.
Se tiraron 10 000 ejemplares

TOMO VIII:

71. Francisco Miró Quesada, FILOSOFIA DE LO AMERICANO TREINTA AÑOS DESPUES. 72. Gabino Barreda, ORACION CIVICA. 73. Angel Rama, APORTACION ORIGINAL DE UNA COMARCA DEL TERCER MUNDO: LATINOAMERICA. 74. José Ingenieros, JOSE VASCONCELOS. 75. Ricaurte Soler, LA NACION LATINOAMERICANA PROYECTO Y PROBLEMA. 76. Laureano Vallevilla Lanz, DISGREGACION E INTEGRACION. 77. Fidel Castro, DISCURSO EN EL XXV ANIVERSARIO DEL ASALTO AL MONCADA. 78. Alfredo L. Palacios, BOLIVAR Y ALBERDI. 79. José Luis Roca, BOLIVIA EN ARGUEDAS Y TAMAYO. 80. José Velasco Alvarado, LA REVOLUCION PERUANA.

TOMO IX:

81. Víctor Massuh, HOSTOS Y EL POSITIVISMO HISPANOAMERICANO. 82. J. Natalicio González, AMERICA EN EL MUNDO DE AYER Y DE HOY. 83. Eduard Kamau Brathwaite, LA CRIOLLIZACION EN LAS ANTILLAS DE LENGUA INGLESA. 84. José de San Martín, PROCLAMAS.

**RECTOR**

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Leonel Pereznieta Castro

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Lic. Elena Jeannetti Dávila

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Efrén C. del Pozo.